

Kipling - Ocampo
Unamuno - Wells y otros

Antología del cuento extraño

4

Selección, traducción y
noticias biográficas de
Rodolfo J. Walsh

Largos o breves, estos relatos tienen la característica común de describir insólitas experiencias o de situarse en un clima extraño en el que la realidad prosaica y cotidiana no halla cabida.

Índice de contenido

1. Metamorfosis - Ramón Gómez de la Serna
2. Gemini - G. B. Stern
3. La Bestia - Joseph Conrad
4. Los buitres - Óscar Cerruto
5. La Venus de Ille - Prosper Mérimée
6. La puerta en el muro - H. G. Wells
7. El poeta resucitado - Guillaume Apollinaire
8. La red - Silvina Ocampo
9. La litera fantasma - Rudyard Kipling
10. El que se enterró - Miguel de Unamuno
11. La fuente de las flores de durazno - T'ao Yuan-Ming
12. Lázaro - Leónidas Andreiev

1

Metamorfosis

Ramón Gómez de la Serna

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA, el múltiple y regocijante escritor español, nació en Madrid en 1888. Ha escrito novelas en serio y en broma, ha escrito biografías, cuentos y libros de arte, ha reivindicado el chiste, ha dictado conferencias desde un trapecio, ha inventado un nuevo género literario —con lo escasos que andan— y como prueba máxima de vitalidad y resistencia está, desde hace varios años, radicado en Buenos Aires.

No era brusco Gazel, pero decía cosas violentas e inesperadas en el idilio silencioso con Esperanza. Aquella tarde había trabajado mucho y estaba nervioso, deseoso de decir alguna gran frase que cubriese a su mujer asustándola un poco. Gazel, sin levantar la vista de su trabajo, le dijo de pronto:

—¡Te voy a clavar con un alfiler como a una mariposa!

Esperanza no contestó nada, pero cuando Gazel volvió la cabeza, vio cómo por la ventana abierta desaparecía una

mariposa que se achicaba a lo lejos, mientras se agrandaba la sombra en el fondo de la habitación.

2

Gemini

G. B. Stern

GLADYS BRONWYN STERN, novelista inglesa, nació en Londres en 1890. Obras: *Pantomime* (1914), *The Back Seat* (1923), *Tents of Israel* (1924), *Thunders-torm* (1925), *Debonair* (1928), *Mosaic* (1930), *Monogram* (1936), *The Woman in the Hall* (1939), *Another Part of the Forest* (1941), *The Young Matriarch* (1942).

—Oye... ¿qué ha sido de David Merriman? La pregunta era formulada a menudo, pero aquella noche había urgencia por conocer la respuesta. Se echaba de menos a Merriman. Se echaba de menos su vitalidad, su buen humor y su ridícula costumbre de entrar en interminables divagaciones, cualquiera fuese el tema en discusión, como un río desbordado al que es preciso oponer un dique.

Hasta seis semanas atrás, Merriman era accesible a cualquiera, y en todo momento; pero últimamente circulaban sobre él extraños rumores. En efecto, no había desaparecido, a la manera de Waring y de otras misteriosas víctimas del *Wanderlust*:

*What's become of Waring
Since he gave us all the slip?...^[1]*

Corpóreamente, estaba aún en Londres, en su casa, aunque en una oportunidad se había ausentado por espacio de un mes, sin dejar indicio alguno sobre su paradero. Pero, socialmente, había abandonado a sus amigos. Y las noticias que se tenían de él eran inquietantes: «Dicen que ha dejado su empleo en la Gaceta. Dicen que se ha convertido en químico analítico, o algo parecido; que está buscando el elixir de la juventud, como si Vardaroff no hubiera tenido ya la gentileza de encontrarlo; que se pasa todo el día y la mayor parte de la noche enfundado en su bata, barbudo, llenando y vaciando botellas; que después destroza las botellas y que su casa es una pila de vidrios rotos; que no quiere ver a nadie y que está buscando no se qué cosa... Oh, dicen esto y aquello y lo de más allá».

—Vamos. Estoy harto de oír esas cosas. Vayamos a sacarlo de su madriguera. Lo haremos vestir y afeitarse y pasar la noche con nosotros, como un ser humano.

Prentice fue a sacar su automóvil del *garage*, y salieron en busca de David Merriman.

Los tres amigos de David Merriman estaban inquietos por él, aunque creyesen que lo único que extrañaban era su compañía regocijante y jovial. Al hombre que viajaba con ellos, en cambio, no le importaba. Era un conocido reciente, que Johnny Carfax había llevado aquella noche por casualidad. Más joven que los otros, más elegante y mejor parecido; un mozo atractivo, que daba la impresión de vivir en un mundo de aventuras secretas y no demasiado escrupulosas.

No era difícil imaginarlo usando la chaqueta sobre los hombros, sin meter los brazos en las mangas. Un hombre acostumbrado a las conquistas fáciles. Parecía divertirse to-

do aquel alboroto en torno a David Merriman. Sus labios dibujaban una sonrisa desdeñosa.

—Si el pobre diablo quiere que lo dejen solo para romper frascos de remedio...

En realidad, le incomodaba que lo sacaran del confortable departamento de Prentice, una vez que lo habían llevado allí. Era una noche ventosa, el *whisky* era bueno, y ¿qué importaba Merriman, al fin de cuentas?

—¿Por qué no llaman por teléfono? —sugirió perezosamente.

Pero los otros no le prestaron atención. Era el más joven, y además un extraño... un extraño bastante entrometido. No querían extraños. Querían que regresara Merriman. El mismo Johnny Carfax se preguntó para qué diablos habría traído al joven Theo Strake.

¿Qué le ocurría a David?

Tenía un departamento en el centro de la ciudad. Aquella noche el centro estaba desierto. El viento circulaba por sus calles vacías, en lugar del gentío y el tránsito habituales. El departamento de Merriman estaba en el último piso. Llamaron y llamaron a la puerta, sin obtener respuesta. De pronto se oyó un estallido, y casi enseguida un líquido sombrío empezó a filtrarse por debajo de la puerta. Era demasiado melodramático para ser verdad; y Theo Strake se echó a reír al ver las caras blancas de sus compañeros.

—Eso no es sangre —dijo con burlona seguridad—. Yo he visto mucha sangre. Huelan, si no me quieren creer. Es... sí, vermut Cinzano.

Pero Prentice había perdido la cabeza y golpeaba la puerta como si abrigara esperanzas de derribarla. La puerta se abrió de pronto y apareció Merriman, semejante a una ilustración convencional de las siniestras historias que habían oído de él.

Parecía Lucifer caído del cielo, tras el porrazo. Estaba sin afeitar, en bata y pantuflas. Pero, aparte de esos detalles puramente externos, tenía un aspecto salvaje, de persegui-

do y exhausto. Y no parecía tan satisfecho de la visita como cabía esperar de un hombre con fama de jovial.

—¿Quieren entrar? —preguntó abruptamente.

—¡No seas tonto, Merriman! —replicó Carfax, impaciente—. ¿Crees que hemos venido para quedarnos afuera y hablar a gritos detrás de la puerta? Si tienes algo que ocultar, mételo en la alacena lo antes posible: sea hombre, mujer o lo que fuere. Te damos cincuenta segundos de plazo.

Merriman se encogió de hombros.

—Tengo algo que encontrar; nada que ocultar.

—¿La voluntad perdida?

Sonrió maliciosamente, ya más parecido al David que ellos conocían.

—El cóctel perdido —dijo—. Adelante, pasen... Quizá no lamente que hayan venido. Esta habitación apesta a enigmas, y estoy harto de andar a tientas. Si tú quisieras ir a Hungría, Johnny, ¿cómo harías? ¿Irías a la estación a comprar un billete? ¿Tomarías el tren, y después un barco, y nuevamente el tren? ¿Harías eso? Bueno, pues eso es justamente lo que yo no puedo hacer. ¡Oh, esa espléndida e insolente simplicidad de ir a la estación y comprar un billete de ferrocarril! En cambio yo... ¡Aquí me tienen, varado! ¡Les digo que es para volverse loco!

¿Loco?... El piso de la habitación, sin barrer, estaba atestado de botellas, así como las mesas, las sillas y las estanterías. Vasos sanos y rotos yacían desparramados por doquier; vasos mediados de líquidos pálidos, incoloros o levemente dorados, de un verde claro o un maligno rojo oscuro. Y David Merriman, parado en mitad de aquel desorden fantástico con sabor a alquimia, como un geniecillo desesperado en *robe* de chambre, agitaba los brazos y gritaba, dirigiéndose a alguna invisible agencia de viajes que debía llevarlo a Hungría, y que en cambio lo dejaba en Londres:

¡Sésamo, ábrete! ¡Maldito seas! ¡Ábrete!

¿Qué diablos significaba todo aquello? Era increíble: increíblemente idiota.

—Será mejor que nos cuentes lo que ocurre, David —sugirió Carfax. Tanto él como Prentice y Richardson habrían deseado que su nuevo acompañante no presenciara aquel espectáculo de un Merriman desintegrado.

—Mira —dijo Richardson, que era el espíritu más obtuso del grupo—, mira, Merriman: si quieres ir a Hungría, aunque no se me ocurre por qué alguien ha de querer ir a Hungría... Pero si quieres ir... ¿por qué no dejas el asunto en manos de la agencia Cook, o Lunn, o cualquiera de ellas? Supongo que andas detrás de una mujer ¿eh? He oído decir que son morenas y gitanas... No es mi tipo. Pero si te quedas aquí sentado, y abandonas a tus amigos, y bebes en exceso, no irás muy lejos.

Merriman lanzó una carcajada.

—¿No iré muy lejos? ¡Pues yo les digo que si tengo éxito iré más lejos que Cook y Lunn y que cualquier coche-dormitorio! Iré todo lo lejos que quiera ir: al Cielo, a Hungría... Y tú Horacio, ¿crees que bebo demasiado nada más que para embriagarme? —De pronto pareció advertir que Carfax, que era a quien más apreciaba de los tres, parecía molesto por su actitud—. Está bien, Johnny, está bien... diré lo que pasa. Entonces podrás juzgar. Horacio no creerá una palabra de lo que diga, y será divertido contemplar su incredulidad... lo más divertido que haya presenciado en muchas semanas. Por otra parte, yo mismo no estoy seguro de creerme. Por otra parte, yo mismo no estoy seguro de creerme...

»Ustedes sabrán que durante el verano estuve vagabundeando por Europa Central. Me atuve a los lugares más pequeños. No me acerqué a Praga, a Budapest, a ninguna de las capitales. En primer lugar, porque no tenía ropa presentable. En una aldea de los Cárpatos, St. Rudigund, el dueño de una taberna me pidió que probara una botella de *slivovitz* casero. No lo había hecho él, sino su padre. Me asegu-

ró que era bastante añejo. Solo le quedaban unas pocas botellas. Era una bebida extraña, no demasiado dulce, con un insinuante aroma de ciruelas. Compré una botella para traérmela a casa. A decir verdad, era un pequeño obsequio para Horacio... ¡Agradéceme, Horacio, aunque nunca haya llegado a tu poder! Aquel viejo me hizo pagar por ella un precio tan extravagante, que al fin de cuentas decidí no regalarla.

»Cuando volví al país... ¿Recuerdan aquella noche en que los invité a cenar, y después, cuando ustedes vinieron, no me encontraron?».

Prentice asintió. Él había sido uno de los invitados. Aquél fue el principio de las extravagancias de Merriman y de todos los rumores que corrían sobre él...

—Había resuelto preparar los cócteles antes de que ustedes llegaran, cuando se me ocurrió que podía inventar uno nuevo, con un poco de *slivovitz*. Abrí la botella y mezclé el cóctel en un vaso. Aquel vaso era para mí: quería probarlo, para ver cómo había resultado el experimento. Apenas le puse algunas gotas de *slivovitz*. Bebí...

»... En el mismo instante me encontré sentado a la mesa de un *cabaret*, en un país extranjero. Bebiendo. La orquesta estaba compuesta por gitanos, auténticos cíngaros. Pensé enseguida que quizá estuviera en Hungría, probablemente en Budapest. Reconocí ese instrumento musical que ellos tienen, semejante a un piano, y que tocan golpeando las teclas con dos palillos rematados en bolitas.

»No, no, no se trataba de una alfombra mágica ni de otra tontería semejante. No me quedé dormido, ni soñé ni atravesé el espacio. Me encontré allí simplemente... allí y no aquí. Es muy sencillo. Tú mismo, Horacio, aceptas diariamente cosas mucho más absurdas, porque estás acostumbrado a ellas. En otras circunstancias, sencillamente no creerías las cosas que ahora crees.

»Pues bien, lo cierto es que allá estaba yo, y como si fuera la cosa más natural del mundo. El café era uno de

esos lugares agradablemente irresponsables, adonde uno no puede llevar a su propia hermana y adonde no la llevaría aunque pudiese: lujoso, caro y pintoresco. Había mucha gente.

»La música gitana se deslizaba por el recinto como un agua reluciente; imposible recogerla, recordarla más tarde, pero en el momento le proporciona a uno un auténtico placer. ¿Les dije que no había mujeres entre los parroquianos? El café se llamaba Kiss Ludo. Vi el nombre, al revés, sobre la entrada. No es broma. Los besos son frecuentes en Hungría... Kiss Ludo. El nombre de pila primero. De pronto trajeron tres enormes bandejas con tapas de plata. Todos aplaudieron cuando fueron destapadas y aparecieron tres muchachas cubiertas de flores. Tú también habrías aplaudido, Horacio... —Merriman observó con fastidio a Theo Straker, como si acabara de advertir que había un intruso y le hubiese cobrado a primera vista una violenta antipatía—. Sí, la sorpresa habitual en los *cabarets* del Continente.

»Pero aquellas muchachas eran verdaderamente hermosas. Una de ellas... —Bajó la voz, y nuevamente sus manos realizaron mecánicamente el ademán de mezclar un cóctel, como si hubieran repetido tantas veces ese movimiento que ahora actuaran sin intervención de la voluntad de su dueño—. Una de ellas era bellísima. Me recordaba aquellas estampas de Kirschner que a comienzos de la guerra solíamos clavar con tachuelas en las paredes de nuestras barracas, ¿recuerdan? Vivaz, joven y maliciosa. ¡Una maravilla! Tenía cabellos rubios rizados, y un cuerpo ondulante y reluciente, como una pera de oro. Saltó de su bandeja y corrió ligeramente hacia mí; sí, directamente a donde yo estaba, y se arrodilló en una silla a mi lado. Les confieso que me sentí halagado.

»Hablaban un poco de francés, más o menos como yo. Esperé a que la música y los ruidos invadieran nuevamente el recinto, y entonces murmuró:

»—Llévame de regreso. Estoy asustada. Me gustas, te quiero, pero estoy asustada.

»—¿Que te lleve de regreso? ¿Adónde? —Me quedé de una pieza cuando contestó: “¡A la escuela!”.

»La escuela, dijo, estaba a unas treinta millas de Budapest, en la llanura. No podía explicarme con claridad —su francés, o el mío, era demasiado limitado— cómo había llegado en esa bandeja, debajo de aquella tapa, al Café de Kiss Ludo. No parecía el lugar más adecuado para una discípula de un Seminario de Jóvenes, pero creí entender que se trataba de una broma; que quería ver la vida; que estaba aburrida de la escuela, y que se había hecho pasar por una tal Marishka, cuyo nombre figuraba varias veces en la historia que me contó que ahora estaba cansada de bromas y que... por favor, ¿quería yo llevarla de regreso?

»—Me gustas, te quiero, estoy asustada —tal era su estribillo. Me pregunté cómo habría salido del paso si no hubiese encontrado a nadie a quien apreciar o amar con tan angelical confianza en que la simpatía sería retribuida y el amor... no. ¡Pero, en fin, todos llevamos adentro algo de caballería andante! Alcé a la pequeña belleza, la cargué sobre mis hombros y salí tambaleándome con ella, gritando y fanfarroneando como si fuera mi presa legítima. Y esto entendido, nadie nos detuvo. Las otras dos muchachas quedaron en el café, y los gitanos seguían tocando sus violines como locos. Su música era una marea oscura y fluida. La atravesamos y salimos a la calle. Dos o tres automóviles aguardaban en la calzada. Le dije que sobornara a algún conductor para que nos llevase a su famosa escuela. Yo no hablaba húngaro. No tenía la menor idea de lo que debería decirle a la directora del internado. Aun ahora no se qué le habría dicho, si ella hubiera existido. Pero no existía, como verán enseguida.

»La joven aún llevaba puesta su ropa de baile, un vestido de tenue seda amarilla. Le presté mi sobretodo para que se abrigase. Atravesamos durante casi dos horas aque-

llas tristes llanuras húngaras, que durante el día tienen un aterciopelado color púrpura y están decoradas de altos girasoles amarillos y gordos gansos blancos, y que aun de noche se adivinan interminables, tendidas hacia el invisible horizonte.

»La muchacha se acurrucó en mis brazos y se quedó dormida... Es hora de que alguien desmienta esa famosa leyenda de "los fríos ingleses"... ¡Maldita y estúpida leyenda!

»Por fin nos detuvimos ante unas altas rejas de hierro, que indudablemente constituían la entrada de un gran jardín o de una finca rural.

»—Ahora sé el camino —dijo Carla (se llamaba así), y añadió—: Adiós. ¡Gracias! —Y alzó el rostro para que la besara, la muy desvergonzada.

»—¿Te veré nuevamente?

»—¡Todo depende! —Se había levantado del asiento, lista para bajar.

»—¿Depende de qué? —Sentía pavor de perderla para siempre.

»Aguardé su respuesta, pero fué inútil. Porque en aquel preciso momento me encontré nuevamente aquí.

»No, no puedo decirles cómo ocurrió. Es inútil preguntarme. Lo único que sé es que no desperté de pronto, ni caí por la chimenea, ni entré montado en un rayo de luna. Nada de eso. Si la magia obedecía a algún talismán (y no parecía magia, sino algo enteramente natural), ese talismán sólo podía ser el cóctel... Porque al "regresar", apretaba aún con fuerza en la mano el vaso vacío.

»¿Cuánto tiempo estuve en Hungría? Sí, me imaginé que preguntarían eso. Pues estuve allá exactamente el tiempo que falté de mi casa, un tiempo mucho menor del que requiere un viaje de ida y regreso. Habré estado una hora en el café y una hora y tres cuartos en el automóvil; y salí de aquí... a ver, ¿a qué hora los había invitado a cenar, Prentice? ¿A las ocho? Supongamos que empecé a prepa-

rar el cóctel a las ocho menos cuarto. Eran las once menos veinte cuando la aventura llegó a su brusco término. ¡Y me encontré repentinamente aquí, boquiabierto, con el vaso en la mano y la cristalina risa de Carla en mis oídos, sin tener idea de cómo podía volver a encontrarla!

»Transcurrió una semana antes que se me ocurriera que acaso la botella de *slivovitz* tuviese algo que ver con el asunto. Entonces me vestí con mi mejor ropa —porque en cualquier momento podía ver nuevamente a Carla— y bebí un vaso de *slivovitz*, sin mezcla. Se hubieran reído de ver cómo me temblaba la mano al llenar el vaso. Volqué bastante en la mesa...

»Y entonces...¡No pasó nada! ¡No me moví de donde estaba! ¡Se habrían reído aún más si me hubieran visto parado como un plomo ante la mesa del comedor, esperando ser proyectado a la cuarta dimensión, a Hungría...!

»Me devané los sesos tratando de recordar todas las historias de encantamientos que había leído. Y llegué a la conclusión de que para que el hechizo obrara del mismo modo y con los mismos resultados, todos los detalles debían ser idénticos. Esperé entonces hasta las ocho menos cuarto, y preparé exactamente el mismo cóctel. Recordaba los ingredientes porque al prepararlo por primera vez los había medido con bastante exactitud. Quería impresionar a Dicky Foster, que siempre se jacta de sus recetas privadas.

»Bebí.

»Esta vez todo salió bien. Me encontré nuevamente en Hungría. Pero no exactamente en el mismo lugar, sino en una gran sala de un castillo. A decir verdad —y puesto que no necesito fastidiarlos narrándoles mis descubrimientos en su orden cronológico—, más tarde supe que ése era el interior de la "Escuela" de Carla, que yo había visto por afuera. ¿Escuela? ¡Qué demonio de chica! Aquello no era más escuela que esta casa. Era la residencia campestre de su esposo. Y su esposo era un conde, o un mariscal de campo, o